



Adolfo Cáceres Romero:

El ángel indio

(de "La hora de los ángeles")

Niño indio, aquél día en que decidiste navegar entre las nubes, subiendo a la cordillera con tu totora bajo el brazo, nadie, sino tu perro lanudo que cuidaba las ovejas, se dio cuenta de eso propuesto. Tomaste la senda muy de mañana, cuando los padres se iban de labranza, sin saber que tal vez no lo vería más. La mañana te recibía –con todo lo que ya conocías hasta la franja de la carretera– con su aliento frío, punzante como la paja brava que te salía al paso, manadas de ovejas y llamas se desplazaban por la serranía, en busca de pasto fresco. El lago, espolvoreando el cielo, se extendía como un manto salpicado de totoras. Desde ahí arriba tú lo divisabas sintiéndote crecer alas, listo para el vuelo. "Pipintus!", gritabas a las mariposas que revoloteaban, obrias del sol, junto a las flores de los cactus.

Niño indio, el cielo se abría azul e inmenso como el mar que no conoces. La montaña se agrandaba a tu paso, mientras te perdías entre la bruma que parecía descender a tu encuentro. Algun pastorecillo te saludaba con su "yule!", en los labios, y tú continuabas ascendiendo. La quena solitaria de un arriero avanzaba por la senda que seguías. Tolvaneras de viento se ondulaban por los matorrales. Las nubes, blancas como los volúmenes que escarnonabas tu madre, se arremolinaban en media cumbre de la cordillera.

Pronto el cansancio hizo que te sentaras sobre una piedra. La oca cocida endulzaba tu boca, al tiempo que descubrías el suave planear de un cóndor lejano. La inmensidad de la puna se extendía a tus pies. Cuando de las esquendras sacabas la nieve escarchada, el salto de la vicuña atraía tu atención. Frágil como la bruma que rodaba, la vista pacerse entre las rocas; entonces, te pusiste a buscarla, tenazmente, hasta que la encontraste en una especie de aprisco que cobijaba una tropilla de vicuñas. Fue inútil el silencio que pusiste a tus movimientos, porque en cuanto sintieron tu presencia todas se dispersaron cuanta arriba.

Las pisadas del viento ululaban entre las grietas y la pajabarra, trayendo desde algún lugar de la montaña, un dulce coro de quenas y zampomas, acompañadas por su vibrante tamboril. Niño indio, aguzando el oído perseguiste la melodía que a veces se perdía y reaparecía libre al viento. Las vicuñas sigilosas, se internaron en un estrecho desfiladero, indudablemente atrajadas por la música. Niño indio, aunque no las habías visto, hiciste lo mismo. La música se escurrió nítida en su ancestral tonada, sombrando sus notas en la quebrada que, ahí abajo, se mostraba como una catedral de rocas, mientras arriba, las nubes, como una muelle bóveda, paracían desprenderse, aguardando tu llegada.

Azul y oro, el sol se bañaba en el lago sagrado. Niño indio, una nueva sonrisa iluminó tu rostro cuando descubriste la presencia de las vicuñas. Con alas de bruma, las zampomas soñaban su tonada. Por la misma senda, percibiste la presencia de un zorro y, entonces, "¡Kamagol!", gritaste como queriendo alertar a las vicuñas que permanecían subyugadas por la música. El sabor de la montaña te penetraba a los pulmones. La tierra gredosa brillaba con el rocio matinal, mostrando la huella de los años en la tierra. "Kamagol!", repitió al tiempo que las zampomas cambiando de ritmo, sollozaban un triste yaraví. Niño indio estabas en presencia de un rito milenario que se elevaba en la evocación de la raza. La quena contaba sus ponas y, así sin darte cuenta, poneraso en óxasis de las vicuñas que ahora te daban la bienvenida con el brillo de sus ojos; todo eso era tan natural que muy pronto de disto cuenta de que estabas casi al límite de las nubes más bajas. Tu vista llegaba a su fin. Pedazos de nubes rodaban y jugaban con el viento que los empujaban.

–Niño indio –te dijo de pronto el zorro –aquí no lloran nada que temer.

–¡Kamagol! –salí tu sorpresa y, ya sosegando, depositaste tu totora en el suelo. Las nubes se estiraban y gruñían, animándote a la subida; "adelante, Ángel mío; coge tu totoral".

–¿Puedo saber qué haces aquí? –te preguntó el zorro.

–He venido a navegar en las nubes –respondiste, con plena convicción.

–¿En esta totora?

–Sí.

–Y no te pareces muy pequeña.

–Yo también soy pequeño.

–Niño indio –alzó un cóndor, frenando su vuelo. –Las nubes no te aceptarán si no tienes alas como yo –dijo luego, extendiendo la maravilla de sus plumas.

–Ellas me llamarán.

–¿Las nubes? –el cóndor.

–Seré como ellos.

–¿Y vas a navegar con esa tu totora? –el zorro.

–Sí.

–Pero las nubes nunca están quietas. ¿Cómo llegarás a ellas? –inquirió una de las vicuñas.

–Corto, nunca –repitió el zorro, sonriendo.

–Eso lo sé bien yo –el cóndor dio unos pasos, torpes, tratando de equilibrarse en sus alas.

–Nada se detiene nunca –una lagartija verde amarilla que se hallaba camuflada entre las piedras, sacó la lengua bipartida al hablar.

El cóndor empozó a sacudir sus alas y corrió para levantar vuelo. "Te esperaré entre las nubes", dijo al subir por los aires. Las zampomas y la quena parecían seguir su vuelo con una nueva melodía indígena que impregnaba de nguayo y arcilla todo el ambiente.

–¿Y dónde están los músicos? –preguntaste entonces, extrañado de no verlos por ningún lado.

–Nadie lo sabe –dijo el zorro.

–Tal vez los músicos ya no existen y sólo haya quedado su melodía que el viento ha traído a este lugar –explicó la lagartija. –Yo la oigo desde que nací y pienso que seguirá así hasta que el viento decida llevársela a otra parte.

–Si, nosotros antes la escuchábamos cerca del valle, al otro lado de la montaña y, después, desapareció totalmente –dijo la más vieja de las vicuñas.

–Bueno, yo les puedo decir que seguirá aquí mientras todos nosotros continuemos viviendo en paz –alimó la lagartija.

–Es verdad, niño indio –el zorro, dispuesto a marcharse.

–Las nubes plomizas y blancas, volvieron a sacudirse, con un gruñido de satisfacción, cuando volviste a colocar tu totora bajo el brazo. Las vicuñas se dispersaron llevadas por la música, como queriendo aprovechar al máximo esa oportunidad de paz que pregonaba las quenas y el tambo. El zorro levantó su cola en señal de despedida, corriendo luego tras de sus ocasionales compañeras. Así, con una melodía más alegre, quedaste frente a la lagartija.

–Mo voy, tengo que continuar subiendo –le dijiste, sin perder de vista el ascendente vuelo del cóndor.

–Que el espíritu de la montaña y nuestra madre tierra, Pachamama, colmen tus deseos –dijo la lagartija y se perdió entre las piedras.

Niño indio, a medida que subías por la senda que te señalaban las nubes, la música te llegaba con toda nitidez. A ratos, el viento se integraba a esa melodía, silbando su canto lugubre de siempre. El aire se enrascaba mientras trepabas por los riscos que se interponían a tu paso. Súbitamente, todo cambió para ti cuando te recibió una luz extraña, fragmentada en infinitas gotas. Estabas justo en medio de un maravilloso arco iris que se formaba en el seno de la primera nube en que ponorraso. La iridiscente luz os polvoreaba con su aliento esa parte de la montaña. Tus pasos eran más ágiles, casi alados en el esplendor del paisaje y de la música que no cejaba en su empeño por seguir tus huellas. Siluetas de cóndores se deslizaban en el infinito. Ahí estabas, al fin, niño indio, comprendiendo el llamado de las nubes. Al dejar libre a tu totora, ésta se dilató y creció, poniéndose a tu alcance. Y así fue como, al dar el primer paso para embarcarte en ella, tus pies se confundieron con las nubes que se extendían como una blanca sábana. Liviano y deleitado entraste a formar parte de ese mundo, cada vez más consciente de dos mil secretos de la raza, cuya voz percibías en murmullos claros y seductores. Ahora conocías la inmensidad de tu heredad. Estabas por encima de los hombres y de las cosas. Alguna vez un niño imaginativo como tú, al elevar la mirada al cielo te descubrirá surcando las nubes, blando y tenue en tu frágil totora.



Adolfo Cáceres Romero. Oruro, 1937
Narrador e investigador literario
Tomado de Archipiélago 15

